

ISIDORO ENRÍQUEZ CALLEJA: DE JUAN DE MAIRENA A LA LECCIÓN LORQUIANA

JOSÉ RAMÓN ENRÍQUEZ

No es fácil que un hijo hable de su padre con la objetividad indispensable para que el discurso trascienda la emocionada intimidad y pueda no sólo compartirse sino convertirse en tema de interés al hablar de la literatura del exilio, que ya ha cumplido los 70 años. Es aún más difícil que el hijo hable de su padre cuando el nombre de éste, Isidoro Enríquez Calleja, poco dice a quienes no forman parte de las centenas de estudiantes españoles y mexicanos que pasaron por sus aulas o que tuvieron como texto escolar su libro *Tercer curso de Lengua y Literatura*¹.

Creo, sin embargo, que su actividad fue indispensable para la literatura del exilio. Tanto como la de otros profesores exiliados que incansablemente demostraron eso que, para mi padre, fue principio rector: “La literatura se explica haciéndola”. Para muchos de sus discípulos que después fueron maestros, una inolvidable paráfrasis de Heráclito.

Sin embargo, rodeado de académicos, no me corresponde hablar como especialista. Sólo me es posible hablar como testigo. Tal vez así mi presencia entre ustedes resulte lo suficientemente interesante e invite, inclusive, a ahondar en rincones del exilio republicano en México que han sido poco estudiados a pesar de la seriedad con que, en estos últimos años, universidades como ésta y académicos como ustedes se han entregado a recuperar la memoria literaria del exilio.

Por ello, para empezar, quisiera dar la palabra a un escritor, entrañable amigo de mi padre en el exilio mexicano. Me refiero a Otaola, nacido en San

¹ Enríquez Calleja, Isidoro, *Tercer curso de lengua y literatura*, Editorial Esfinge, México, 1954.

Sebastián en 1907 y fallecido en México en 1980. Dice así en un capítulo titulado simplemente “Isidoro Enríquez Calleja”, de su libro *Unos hombres*²:

Es enteramente el maestro, el profesor con vocación y procedimientos, el profesor encantado de la vida por ser cuña caída con gracia y puntería sobre el agujero ajustado que le pertenece. Se hizo el milagro de la lotería que consiste en meter la mano en un pajar y dar con la aguja de marear, con la brújula que orienta los destinos.

Ya es el maestro de todos los jóvenes de México y hay que verle en la calle, ligero de movimientos, cargado de ocupación, atropellado por los saludos que llueven a su paso: ‘¡Adiós profesor! ¡Adiós maestro! ¡Adiós, adiós, adiós!...’

Calleja viene de una clase y va a una clase. (...) Tiene cara de cuentos de Calleja. (¿Con que cuentos de Calleja?... Sí, sí, ¡menudos cuentos!) En realidad Calleja no cuenta con su cara sino con su cabeza para hacer una sencilla demostración de su saber literario, su andar con zapatillas, como en casa, por los caminos polvorientos del romancero y señalar la piedra en que se sentó para descansar el socarrón poeta del Guadarrama. Y aún más: saber por cuál congosto el aire de la serranía conserva el bronco son de sus más ignorados cazurros:

*“De toda lazeria e de todo este coxixo
fiz cantares cazurros de quanto mal me dixo;
non fuyan dello las dueñas nin los tengan por lixo,
ca nunca los oyó dueña que dellos mucho non rixo.*

En las noches de Aquelarre –Calleja toma graciosa parte en el conciliábulo de las brujas– se suelta el pelo y del brazo de los primitivos juglares entra en escena y ofrece la flor antigua y lozana –bien conservada en el centro de los ventisqueros ¿para qué más frigidaire?– del más viejo romance español. Se siente inspirado, ayudado por la noche delirante, y se desgarrá la piel para que el **duende** desentrañado, en destrenzada libertad, haga una de las suyas. (...)

Es un maestro en el complicado sentido de la palabra. Maestro en ese enseñar literatura a sus discípulos y maestro en la suerte difícil de estar sin estar presente cuando silba la lengua y queda acuchillada una vida ajena. Su cara de santo le permite ir de un grupo a otro sin despertar la sospecha de que se trata de un espía y para todos tiene la misma sonrisa de comprensión. (...)

Cuando Dios nos llame a juicio Calleja responderá por todos y se le verá subir al cielo y bajar a los infiernos llevando noticias y paquetes como el **ordinario** extraordinario en el tren inmortal del otro mundo.

² Otaola, *Unos hombres*, Ediciones Corzo, Colección Aquelarre, 1950.

Además de la gracia del texto y del juego de una prosa que inmediatamente nos lleva a Ramón Gómez de la Serna, de quien Otaola fuera amigo y seguidor, quisiera destacar varios puntos que considero esenciales.

En primer lugar, la importancia no sólo de los grandes maestros universitarios que, como Gaos, fundaron y reforzaron instituciones centrales para la vida cultural mexicana, sino también de ese colectivo de profesores que llegaron con el exilio a picar la piedra mágica de las vocaciones literarias en los más jóvenes. Ya se ha referido a esto Tomás Segovia, y precisamente con este propósito a citado a mi padre. Descubrir vocaciones poéticas y alentarlas es una forma también de hacer poesía.

Ese heroico colectivo de profesores que, en el franquismo, sufrió depuraciones e injusticias sin cuento y, en el exilio, tuvo que ganarse el pan con mucho sudor y mucho esfuerzo, está para mí individualizado en mi padre, un maestro por vocación y por oficio.

Nació en un pueblo pequeño al sur de La Mancha, la Torre de Juan Abad, señorío de Quevedo. Nació con el siglo XX, precisamente en 1900, y murió en México, apenas un par de años después de alcanzar una ansiada jubilación, el 21 de noviembre de 1971. Aunque su nombre completo era Isidoro Enríquez Calleja, muchos discípulos y amigos lo llamaban simplemente Calleja, como acabamos de oírlo en el texto de Otaola. Hizo la guerra en Barcelona y salió al exilio desde Francia en el vapor Sinaia, en 1939, hace setenta años.

Para ganarse la vida, en la Ciudad de México durante las décadas que transcurrieron del 39 a principios de los 70, debía correr en autobús, taxi o a pie, de colegio en colegio para enseñar a estudiantes que fueron centenares con el paso de los años. Entre esas instituciones de segunda enseñanza estaban, desde luego, las fundadas por los exiliados (muy especialmente en el caso de mi padre la Academia Hispano Mexicana, con Ricardo Vinós a la cabeza) pero también muchas otras, desde oficiales hasta privadas, las indispensables para asegurarnos el techo y el sustento.

Sin embargo, entre tal cantidad de chavales y de colegios, yo nunca fui su alumno en el aula. Hubiera sido mi maestro en el bachillerato, pero razones de horario hicieron que las materias de literatura medieval, renacentista y de los Siglos de Oro me las explicara otro profesor. Y ésas precisamente eran sus materias.

Es otro punto que quiero destacar del texto de Otaola cuando al referirse a mi padre se ve obligado a traer a cuento al Arcipreste. La constante cercanía de mi padre con los clásicos. Era un enamorado. Se hablaba de tú con ellos y, a la menor

provocación, dejaba fluir esa gran cantidad de poesía que llevaba por dentro. Siempre fue envidiable su memoria incluso en los últimos meses de su vida.

Como regalo suyo recibí de muy niño la *Flor nueva de romances viejos* y mi padre gozaba cuando decía yo los romances del Cid o de los Infantes de Lara, pronunciando impecablemente –según me decía– las ces y las cetras, lo cual dejé de hacer al entrar en la Escuela de Arte Teatral y estudiar la ortofonía mexicana.

No haberlo tenido en el aula fue una lástima. Pero fue una maravilla el poder llegar casa a cumplir los deberes escolares con la ayuda y la voz de mi padre.

A lo largo de mi vida habría de oírle desde la gesta del Campeador, la finura de Berceo y la gracia del Arcipreste hasta Jorge Manrique (Dios, cómo redoblan dentro mío las campanas de Manrique, al hablar aquí de mi propio padre). Hablamos muchísimo de la picaresca en *La Celestina*, en el *Lazarillo* y en las cumbres cervantinas. De hecho, no creo hacer otra cosa hasta la fecha que dar vueltas en torno a esa misma noria.

Pero también me explicaba y me decía Lope, de quien escribió un interesante ensayo que se quedó inédito, *Lope de Vega es el amor*, su discurso de ingreso en el Instituto Mexicano de Cultura. Quevedo fue también su fuente constante y si el gran satírico dijera que “leer es hablar con los muertos” mi padre enseñó a todos su alumnos, y a mí el primero, esta fórmula literaria ineludible.

Devoto gongorino, la explosión barroca tuvo su culminación para él, sin embargo, en Sor Juana Inés de la Cruz. A ella dedicó mi padre uno de los primeros ensayos sólidos que se escribieron con ocasión de su centenario, luego de mucho tiempo de olvido y aun desprecio. Demostró que el *Primero sueño* de la monja mexicana no desmerece ante su modelo estilístico de las *Soledades*, pero también que está presente en ella la profundidad del concepto quevediano. Llega al grado de inscribir a Sor Juana en la estirpe simbolista que habría de llegar a Paul Valéry.

A *Las tres celdas de Sor Juana* puso como epígrafe un fragmento de *La lámpara maravillosa* de Don Ramón del Valle-Inclán: “Tres lámpara alumbran el camino: temperamento, sentimiento, conocimiento.” Son muchas las estaciones en lo que podríamos llamar formación o viaje interior de mi padre. Una de ellas, fundamental, la constituye Ramón del Valle-Inclán, fundador y sustento de toda una estética. Puente también de esos Siglos de Oro fascinantes no sólo en la picaresca que empararía su esperpento, sino en cuanto de poesía pura tenía la mística, felizmente heterodoxa en el caso del molinismo que llegó a la *Lámpara* y permitió a mi padre iluminar *Las tres celdas de Sor Juana*.

Por eso, al plantear una ruta que parta de Juan de Mairena y llegue a la lección lorquiana no he querido sugerir nada lineal, de consecuencias fríamente

aristotélicas, sino los simples botes y rebrotes de mi memoria. Sobre todo porque esa aparente falta de rigor de un maestro fuera del aula que fue mi padre para conmigo, siempre me recordó la manera en que *Juan de Mairena* impartía cátedra y citaba a su maestro Abel Martín.

De tema en tema, con programas que nacían de la inspiración (Bergson a fin de cuentas) y aun de la necesidad política, fui recibiendo un torrente que asimilé a mi modo, y del cual conservo lo que sé, aunque ya la memoria!, ¡ay, la memoria!, se ha llevado muchísimo. Sin embargo ese solo torrente estoy cierto de que continúa siendo mi impulso tanto en la claridad de la conciencia cuanto en los laberintos del inconsciente.

Inclusive ese método “Mairena” de hablar aparentemente de nada cuando se habla de todo, lo he querido llevar a mi experiencia como docente en las artes escénicas. Y muchos son los resultados positivos obtenidos, aunque no alcance ni la gracia ni el fervor de mi padre.

Dos fueron los grandes símbolos poéticos entre las víctimas de la guerra y del exilio: Machado y Lorca. No en balde el retrato de Machado presidió siempre el Ateneo Español de México. Por ello, para situar al Isidoro Enríquez Calleja exiliado en México es preciso recordar ambos y constituirlos como puntos de referencia.

Machado era para mi padre la pureza de la lengua, abrevada directamente en los Siglos de Oro, pero también el maestro de una nueva generación de españoles. Un viajero en los tiempos y en las corrientes filosóficas que dejó una profunda huella en el pensamiento de la España nueva. Machado, el poeta que iba “soñando caminos de la tarde” (aun cuando Marías lleve razón al no considerarlo estrictamente un filósofo), fue el autor de una ética y el visionario capaz de definir al ser ideal de la pedagogía republicana a la cual se consagró mi padre: el hombre “en el mejor sentido de la palabra bueno”. El niño-viejo muerto de tristeza en el exilio y a la vista de la patria.

Ahora que conozco y tengo frente a mí la foto de Machado muerto en Colliure, y envuelto en la bandera republicana (la única bandera española que yo conocí y reconocí hasta que fue votada la Constitución), ahora más que nunca escucho la voz de mi padre diciéndome la poesía de Machado con todas sus resonancias de Fray Luis.

Y de Machado pasaba a Lorca. Lo recuerdo explicando “una dura luz de naípe” y “el ajedrez alto de la celosía”. Si Machado fue a un tiempo el símbolo de la partida hacia el exilio y una premonición trágica del retorno imposible, Federico (otro niño, un niño-joven) fue símbolo del inicio y el absurdo de una guerra

fratricida. Un símbolo que hasta hoy resulta imposible desenterrar del inconsciente colectivo español.

Un gran amigo de mi padre, el poeta comunista andaluz Juan Rejano, en un libro titulado *El poeta y su pueblo*³, subtulado precisamente *Un símbolo andaluz*, se preguntaba en plena Guerra Mundial (1944), “Y ¿por qué lo mataron? (...) ¿Quién convocó a la muerte?” Respondía: “quienes habían vivido odiando lo que Federico amaba entrañablemente: lo popular; quienes envidiaban en el gran poeta su jubilosa lealtad (...) a la verdad de su pueblo (...) quienes sabían que pueblo y poeta eran una misma voz en lo más hondo y virginal de la angustia, en el ansia de libertad (...) No se olvide que Federico era (...) lo milagroso, ese milagro de lo angelical y lo popular (...) No se olvide, tampoco, que sus ejecutores eran –son– la losa de plomo que pesa sobre el pueblo de España desde lejanas centurias...”

Como el Arcipreste y quienes lo oían arrobados, hijos todos del pueblo, mi padre se deleitaba con los paralelismos entre los romances antiguos y los romances lorquianos y me abría las puertas de su *Teoría y juego del duende* a la que se refería Otaola en su texto.

También, con Otaola, una de las estaciones predilectas de mi padre fue el otro Ramón, Gómez de la Serna. Constituían cofradías devotas y al duro pan del exilio pudieron remojarlo en la gracia festiva de la greguería. Una de esas cofradías fue El Aquelarre al que también hiciera referencia Otaola.

Del Aquelarre guardo un documento que, estoy cierto, interesará a todos ustedes. Con su proyección quisiera concluir esta participación que siento ya demasiado larga.

Se trata de pequeñas filmaciones de 1950, en 8 milímetros, de dos conciliábulos. El primero lo abre mi padre leyendo su comentario precisamente a *Unos hombres*. Reconozco al propio Otaola, que escucha, a Francisco Pina que habla en segundo lugar, a José Ramón Arana, a Adolfo Ballano Bueno y a Manuel Andújar. La película la tomó un camarógrafo mexicano de la empresa Películas Nacionales en que trabajaba Otaola. Tras las sesudas lecturas viene la juerga, mi padre toca el clarinete y muestra sus capacidades histriónicas. El segundo aquelarre es en Cuernavaca, a una hora de la Ciudad de México, en casa de Mariano Granados. Como gastan todos nariz postiza sólo reconozco claramente a mi padre y a Arana quienes, por alguna razón, olvidaron el tocado de brujas y

³ Juan Rejano, *El poeta y su pueblo*, Ediciones del Centro Andaluz, México, 1944. “Ha cedido el autor sus derechos para que la venta de ejemplares se destine, íntegramente, a la ayuda de los heroicos patriotas que luchan dentro de España contra el régimen de Franco.”

simplemente se envolvieron en una sábana. Como es obvio, en 1950 y en 8 milímetros, el film no tiene sonido.

Pero antes de verlo quisiera citar al propio Otaola que, en su libro *La librería de Arana*⁴, explica lo que fueron aquellos conciliábulos brujiles:

En el vientre de la Librería de Arana se fue incubando el grupo del *Aquelarre*.

(Nació, Ramón, como la greguería: un día de escepticismo y cansancio que alguien mezcló extraños ingredientes y de su precipitado salió *El Aquelarre*, este grupo romántico y fraternal que es la flor de nuestro optimismo, de nuestras ilusiones en unas lindas vaquitas gordas –haciendo época– que sean gentiles en el rumiar y con el decorar los profundos jardines del sueño.)

Pasemos lista.

Francisco Pina, José Ramón Arana, Anselmo Carretero, Francisco Rivero Gil, Mariano Granados, Isidoro Enríquez Calleja, yo...

Aquí estamos, inicialmente, todos. Pocos y bien avenidos. (...)

Los desertores del grupo lo fueron por un terror pánico a la frivolidad, al ridículo, a la hemorragia del tiempo perdido. No vieron más que lo grotesco de las brujas en plena zarabanda y no supieron entender el gesto, la hermosa actitud que se esconde en esa mueca colectiva, destacada por la ganchuda, enorme y simpática nariz postiza, nariz carnavalesca llena de franqueza y de un humorismo con sabor a circo.

Los que se fueron del *Aquelarre* hicieron bien. Los que se quedaron hicieron mejor porque como dice Rivero Gil: ‘Nosotros nos tomamos muy en serio *El Aquelarre*. De vez en cuando, para divertirnos, escribimos un libro’.

Un libro, dice. Y dice bien. Un libro mejor o peor –bueno o malo– pero un libro con su inquietud, con su yemita; una cagadita de libro, ea; pero un libro, sí. (...) ¡Ahí está la Colección *Aquelarre*! (...)

Las reuniones del *Aquelarre* se suceden periódicamente. Con sus pasos contados; bien medidas en el tiempo. Sin abusar. Se aprovecha la salida de un libro; un acontecimiento que necesita rúbrica gozosa, motivo de mayor recuerdo; una fecha que pide celebración alborozada; una situación que merece olvido y que se convierte con el paso del tiempo en el recuerdo de un olvido que no pudimos olvidar.

Veamos unos minutos de vida en el exilio de hace ya sesenta años.

⁴ Otaola, *La librería de Arana*, Colección *Aquelarre*, México, 1952. 2ª. edición: Ediciones El Imán, Madrid, 1999, con prólogo de José de la Colina.